
TRES NUEVOS POEMAS

de EMILIO ORIBE

ULTIMA AÑORANZA DE LA NIÑEZ

Recuerdo las colinas
de mi país.

Evoco las ondulaciones fronterizas,
los frágiles oleajes formados por el viento
cuando cálida y blanda era aún la tierra.

Las musicales ondas que mueren hacia el Brasil.
Allí está mi niñez.

Entre la bruma azul de los esteros
se extravía, aún...

La llamo:

Ella, por escuchar el canto de las aguas
me olvida, y no me oye.

Porque allí mi niñez vigila junto a la tumba de mis padres.

Sentadita está sobre el mármol,
como en el umbral de una antigua casona.

Ella, es el trébol atigrado que se acerca a los cipreses.

Ella todo lo impregna como una serrazón campesina.

Ella es el pájaro rojizo que canta,

un segundo, sobre los hierros
y no vuelve nunca más.

—Ah, yo leía tan sólo las historias de mis gauchos,
Dormía con mi Santos Vega en las cabeceras del trébol,
y mi vocación temblaba entre el rizado payador
y el bandido que pintó Sarmiento.

Pero, todo murió allí, en la niñez...

Más tarde,
vi la llanura pampeana,

en el trayecto de Buenos Aires a Bahía Blanca.
Húmeda de escarcha se me apareció en el amanecer
del invierno.

—Oh redondez cándida de hostia!—dije para mí.
Comulgué con ella un momento y eso fué lo bastante.
Después, todo el día la llanura miré fijamente.
La pampa extática.
Las llanuras de mi país son dinámicas.
La pampa logró oír la coral de los cielos
y se ha quedado en éxtasis.

Nuestras llanuras,
 en cambio,
 se han conmovido...

Han replicado,
 con una música de colinas!...

Retorné a los paisajes
de mi país.

 ¡Noches junto a las piedras de los ríos!
De espaldas, sobre el campo,
como en sueños,
 hacía yo girar el velo de la bóveda nocturna,
tal como un rollo de pianola muy bien impreso,
 con sus agujerillos dorados,
que uno deja deslizar,
 con el afán de oír,
 no sé que músicas sublimes.

Días bellos de mi cuerpo en molde de indígenas.
El acecho de los barcos pequeños en los cauces de los ríos.
Fuí el apto, entonces,
 para realizar los abordajes fantásticos,
recurriendo a los matreros,
que en la playa nocturna del yo sin cadenas,
afilaban sus lanzas y encendían antorchas.

Algún día, serán mías,
 las riquezas que perdí por ese tiempo.
Los lingotes de oro de los caciques modelos.
Las minas aéreas de los árboles sin raíz ni tronco.
Los reflejos de luna sobre el agua,
que escapan de las sombras de los sauces, como larvas
de un fruto.

 Las riquezas todas
Y aquéllas que me traerán las bandadas de días,
 mis blancas aves migratorias,
que vendrán a poblar de canas mi cabeza.

A pesar
de que es sabido muy bien,
 que el mal destino de los poetas,
sólo les permite gozar en esas batallas,
del alegre espectáculo de las espumas.

Las concéntricas colinas de las derrotas,
que tales y otros tesoros levantan al ser arrojados
en estuarios americanos.

¡Porque todo murió allí, en la niñez!

¡Para siempre,
 asaltos difíciles en la sombra,
estancias, caudillos y sierras azules,
yo os dejo caer en estas imágenes mías,
 en hondísimas lagunas gauchas,
 con aguas lavadoras de estrellas,
mientras mis ojos,
 han de lamentar siempre
tesoros eternos escamoteados por escuadrillas de burbujas!

LAMENTO EN PRIMAVERA

Gozaba de la luz la abeja rubia,
y más que de la miel
 En la copa
del duraznero en flor,
íbame hacia las hojas nuevecillas,
el imperio olvidando del destino.
 Hacia los brotes más altos,
para gozar de las totales llamas del día,
en las hojas clarísimas,
alertas reflectores del color primario.

En mi mano logró hallar el palacio
caliente de la carne, más tardío...
 Con todo, yo era el salvador!...
Después que el viento arrojó su cuerpo como
 rebelde brasa
entre cenizas,
 hacia la tierra,
presagio de la muerte cierta,
rodeóla una plebe de hojas,
 condenadas almas,
y ella intentó abrir las alas aún,

hacia la luz,
desde el fondo de lo más impuro.

Estrujadas flores de manzano,
también allí rodaron, en un mismo vaivén,
cuando mis pupilas reconocieron,
en las alas ilustres de la abeja
el abolengo de oro
destrozado por la falange bárbara del viento.

Enredándose entre las hierbas,
como en las barbas de un filósofo borracho,
se desgarró, cayendo aún más...

Gozaba de la luz la abeja rubia,
y más que de la miel, que es la luz líquida.

Ahora,
una alegría no alcanzada,
perdida para siempre!
Tal, su cuerpo inmóvil,
recogí entre mis dedos.

¡Pensar que sus hermanas de colmena,
del fondo de las flores,
sin verla, ni sentirla,
acarreaban a sus antros los brillantes misterios,
mientras la mejor de todas no era nada,
muerta en manos extrañas,
muerta,
así como yo podría estarlo
por gozar de la luz, no de las cosas!

EXPLORACION HACIA OTRA TORRE DE MARFIL

Estampas mentales y lámparas por extinguirse,
mis ojos están fatigados de ser.

No saber más.

Contemplar panoramas.

Una atmósfera glacial ensombrece los cristales
para secuestrar la luz
de la estrella que se anunció en los sueños.

y descomponer su traje traslúcido,
en arco iris,
o aureolas de humo azulado,
enhebradas en campanarios,
luminosas cabezas de santos.

No oír más música.
Deicidas con espadones tintos en sangre,
galopan, después del crimen,
perseguidos por la celeste pupila,
y con llamas que gotean
desde las células de sus ojos muertos
alumbran el ceremonial maniqueo de sus desdichas.

No saber más.
Construiré en la primera oportunidad,
una torre de marfil,
más inaccesible que las anteriores.
No la deseo oscilante como el tallo de las palmas
o el cuello de los cisnes,
sino más bien rígida,
como un rascacielo o un transatlántico.

Templo con sus columnas salomónicas,
o rizos de cabelleras rubias retorcidas en espiral.
Una catedral de nieblas sobre la mañana de los esteros.
Un faro giratorio,
sobre el eje de un trompo
que no se detiene nunca.

Después tomaré mi arco nombrador de los días que mueren,
e iré a fijar la ubicación
de aquel banco de arena que en el mar de los recuerdos,
hizo encallar antaño naves,
naves y naves,
repletas de presidentes mulatos de América del Sur,
emigrantes, como dioses!!,
por excesos de dineros, estatuas y batallas.

Un David, yo era.
Feliz,
no pude anotar la fuga de los días,
porque en mi memoria,
las orillas marchaban
al mismo tiempo que el río.
Sí, un David:
Vástago desnudo,
profesor de las hondas, las arpas y los cánticos.

Musico de los postes telefónicos,
Verticales avisperos de sonidos,
Remolcador de tímpanos,
 flotantes sobre el anca de un potro blanco,
Arador de surcos perfectos,
 como la sombra de un ejército de lanzas.

...Pero, de nuevo,
 voy a confesar,
que mis ojos están fatigados de ser.
Estampas mentales y lámparas por extinguirse...

No saber más.

No saber más!...

Ha llegado el instante en que debo construir
una torre de marfil más inaccesible que las anteriores,
y en lo alto de ella
turbia hoguera levantar
 con aquello que se opone a mi destino.

Años de 1927-1928 — Montevideo

